Sin aliento

Edwin Uribe

Carente de gracia, sin voluntad alguna, el no dormir empezó a hacer parte de su rutina. Desdichado y ojeroso, se lanzaba sobre la silla de su escritorio un hombre de cabello oscuro, ojos cafés y piel blanca. Sus uñas, roídas por efecto de la ansiedad, daban testimonio del mal que lo aquejaba. Espectros rondaban en espiral por las fisuras de sus oídos. Caían en membranas acolchonadas de músculos atrofiados.

Llevaba allí horas encorvado. Golpeaba la madera con fuerza, sonidos en clave morse se desprendían de ella y, como si fuese un mensaje oculto, propio de un conjuro maldito, las moscas y todo bicho, volador o rastrero, acudieron a él. Llenaron su habitación, hicieron nido en su pelo, se hospedaron en su estómago, desterraron sus dientes, ahuecaron su pecho, se robaron su aliento.

Al amanecer se levantó. Tomó un vaso y lo llenó de té. Abrió las ventanas y dejó que un rayo de sol bañara su cara. Sacó del clóset un vestido negro. Orgulloso de sí, sonrió en el espejo. Levantó del suelo su maletín. Agarró un puñado de hojas del escritorio y con sorpresa exclamó:

—Hoy la lista de visitas es larga. No me esperen para cenar. Coman ustedes, les enviaré a alguien que no quiera pasar su eternidad en el limbo.